

observa que un revólver de seis tiros, cayendo del bolsillo de su interlocutor, se desliza sobre el sofá en que ambos se sentaban; toma tranquila y cautelosamente el arma y la esconde bajo la sotana.

A poco el desconocido se toca los bolsillos, los registra, busca en el suelo.

—¿Qué se os ofrece, estimado señor? ¿se os ha perdido alguna cosa?

—Sí, yo no sé donde he puesto...

—¿Qué cosa?

—Nada, nada.

Y sigue buscando, mira bajo el sofá y hasta va á la antesala donde estaba el secretario de Don Bosco.

—¿Habéis aquí encontrado algo? le pregunta.

—Absolutamente nada, señor.

Vuelve, y entonces Don Bosco con imperturbable serenidad le fija la vista y presentándole el revólver le dice:

—¿Es sin duda esto lo que buscáis?

Lleno de turbación quiere aquél tomar el arma; mas Don Bosco la retira y con enérgicas palabras le reprocha su inicuo intento. Escúchale el culpado confuso y estupefacto y por fin confiesa haber venido á matarle; pero que renuncia á tal propósito.

Don Bosco abre la puerta y devolviéndole el arma le dice:

—Podéis retiraros; ¡qué Dios os ilumine y se digne usar con vos de misericordia?

Veremos en el capítulo siguiente otras circuns-

tancias en que Don Bosco fué protegido de un modo singular y extraordinario por la Divina Providencia.

1849.

EL PERRO DEFENSOR DE DON BOSCO

El barrio de Valdocco presenta hoy bien diverso aspecto del que tenía al fundarse el Oratorio; las casas, mucho menos numerosas entonces, hallábanse, en partes, separadas por campos incultos y matorrales, y quedaban en los afueras de la ciudad; por esto cuando llegada la noche Don Bosco no se había aún recogido, los suyos le esperaban con manifiesta inquietud. Las tierras baldías por donde debía pasar eran favorables para cualquiera agresión y nadie ignoraba que varios malvados habían jurado matarle.

Instábanle todos á usar gran precaución y prudencia; mas en tratándose de desempeñar el sagrado ministerio ó del interés de los niños nada era suficiente á retenerle.

Una vez que, entrada la noche, volvía apresuradamente de la ciudad no dejó de sorprenderse al ver junto á sí de un momento á otro un enorme perro de color gris. Su temor no duró más que algunos instantes, pues el animal esmeróse en acariciarle, y sin apartarse acompañóle al Oratorio y desapareció.

En adelante cuando retenido por sus ocupaciones en la ciudad Don Bosco volvía ya de noche al Oratorio, tan pronto como llegaba al barrio peligroso, casi nunca dejaba de presentársele el mismo perro y servirle de custodia hasta su casa.

Aficiónose pronto Don Bosco á su fiel y precioso compañero al cual, á causa del color, llamaba *el Gris*. En repetidas ocasiones este perro salvóle la vida.

*
* *

Una noche en que amenazaba llover y estaba el cielo cubierto de nubes, en el camino de la Consolata á Cottolengo, repentinamente dos individuos se arrojan sobre Don Bosco; el uno le cubre con una manta la cabeza mientras el otro le pone una mordaza en la boca.

Don Bosco parecía perdido cuando precedido de un rugido como de furioso león, aparece el *Gris* y en un abrir de ojos echa á tierra á los agresores. Quítase Don Bosco la manta que le sofocaba y ve escapar apresuradamente á uno de los malhechores, en tanto que el otro tendido en tierra, en la más crítica situación, oprimida con las manos del perro la garganta, exclama:

— Señor, señor, grite á su perro que me ahoga.

— Le gritaré si me prometes conducirte bien en adelante.

— Sí, sí; pero grítele que me mata.

Llama Don Bosco al perro, y éste en el acto

abandona la presa. El criminal, sin decir palabra, huye á toda prisa.

*
* *

En otra ocasión en que Don Bosco volvía por la calle de la Reina Margarita á su casa, apostado un asesino detrás de un árbol tiróle dos pistoletazos; pero como ninguno diera fuego acometió contra él para matarle de otro modo; mas en tal momento aparece el *Gris*, aterra al malvado, le obliga á fugarse, y en seguida acompaña á Don Bosco hasta las puertas del Oratorio.

*
* *

Otra vez el perro libró á Don Bosco no ya de uno ó dos conjurados sino de una tropa de asesinos. Era también una noche en que Don Bosco, tomando la calle que de la plaza *Emanuele Filiberto* va al *Rondó*, se volvía á su casa, cuando de improviso un individuo armado de grueso bastón se echa sobre él.

La calle estaba desierta. Huye Don Bosco, pero el malhechor le alcanza. Levantaba ya éste el bastón para golpearle, cuando Don Bosco, movido por la inminencia del peligro, le asestó tal puñetazo en el estómago que cayendo el asesino en tierra con voz lamentable exclamó: ¡Ay! ¡ay! ¡que me muero!

Don Bosco creía estar libre, cuando multitud

de individuos que se hallaban escondidos tras de los árboles, preséntanse provistos de bastones. No había resistencia posible. Pero hé aquí que aparece el *Gris* y pronto como el rayo se pone á dar vueltas al rededor de Don Bosco y, mostrando formidables colmillos, da tales arremetidas, que sin pérdida de tiempo, unos en pos de otros, se retiran todos los malandrines.

*
* *

Cierta tarde que se disponía Don Bosco á salir, como ya se aproximara la noche, su buena madre Margarita empeñóse en disuadirle; pero en vano.

Abierta la puerta encuentra el perro echado de largo á largo.

— ¡Vamos, *Gris*, déjame pasar! le dice á la vez que lo toca ligeramente con el pie.

Mas el perro gruñe amenazador y no se mueve.

— Ya ves, hijo mío, le dice Margarita, que el perro es más discreto que tú; no debes porfiar en salir.

Don Bosco intentó pasar dos veces todavía; pero como el perro se lo estorbara y siguiera enfadado volvióse tranquilamente á su pieza.

No había aún transcurrido un cuarto de hora cuando llega presuradamente un vecino á advertirle que ande con precaución y se guarde de salir; pues había atisbado que cuatro individuos de la peor catadura, asechando en una emboscada, juraban que en esta vez habían de matar á Don Bosco.

Otra tarde presentóse el perro en el patio del Oratorio. Quisieron echarlo fuera; pero como uno de los muchachos gritase: — ¡Es el perro de Don Bosco! agrupáronse los niños para jugar con él: unos se le montaban encima, otros lo tiraban de las orejas y así en gran algazara lo condujeron á Don Bosco que cenaba en el refectorio con su madre y algunos sacerdotes.

— Es mi *Gris*, dijo el amado Padre; y el perro, mientras todos lo acariciaban, sin tomar el pan, la carne y el agua que le ofrecían, dando pausadamente una vuelta alrededor de la mesa concluyó por ir á colocar al borde de ella la cabeza junto á Don Bosco en quien, como si quisiera significarle cariñoso saludo, fijó tiernamente los ojos.

Después de ofrecerle de comer — Pues que nada quieres, díjole Don Bosco, déjanos solos; y el perro, acompañado por un alumno hasta la puerta, partió.

Comprendióse pronto el motivo de la venida del perro: Don Bosco debía en tal día de haber llegado tarde; mas conducido en coche por el marqués Fassati estuvo de vuelta mucho antes de lo que era de esperar. El *Gris* había, pues, querido asegurarse de que Don Bosco estaba en casa.

*
* *

En el otoño de 1866 Don Bosco vió una vez más á su guardián. Encontrábase en Murialdo de Castelnuovo, su patria, y debía volver á Moncuoco

para ver á su amigo Luis Moglia; pero como se entretuviera en el camino con algunas personas conocidas, le sorprendió la noche y le era necesario pasar por bosques nada seguros.

— ¡Ah! ojalá tuviera yo mi *Gris*, exclamó; y en el mismo instante hállase el perro á su lado; acompañóle todo el camino y si bien no se presentó el caso de defenderle de asesino alguno, prestóle todavía un importante servicio con librarle de dos enormes perros molosos, guardadores de viñas. Sabíase que éstos eran una seria amenaza para los transeuntes; y en efecto acometieron á Don Bosco; pero el *Gris* se las compuso de tal manera con ellos que los hizo retirarse aullando de dolor.

Apenas hubo llegado á su destino, cuantos le esperaban á cenar quedaron admirados de la hermosura del perro.— ¡Qué precioso animal tenéis! le dijeron. No lo conocíamos; es de magnífica raza. Ofrecieronle al *Gris* toda clase de golosinas; pero sin conseguir que probase ni una sola.

Algunos jóvenes clérigos extrañados de semejante obstinación, resolvieron encerrarlo en una pieza.

— Cuando haya ayunado doce horas, dijeron, le será necesario comer ó beber.

— A la mañana siguiente llegan á darle libertad. El prisionero había desaparecido. ¿Cómo? Puertas y ventanas estaban perfectamente cerradas.

Jamás se ha sabido de donde venía este perro ni á donde iba luego que cumplía su objeto; nadie lo conocía.

1849.

DE CÓMO SE CONFIESA UN LADRÓN

Don Bosco de vuelta de una de sus ocupaciones, al cerrar la noche, atravesaba un arbolado del todo solitario. De repente le acomete un hombre con arma en mano y le pide la bolsa ó la vida.

— ¡La bolsa! ninguna tengo, respondió tranquilamente Don Bosco; ¡la vida! Dios me la ha dado y sólo él me la puede quitar.

— Palabras al aire; date prisa ó te despacho.

En tal momento reconoció Don Bosco al agresor; no era otro que uno de los detenidos á quien tiempo atrás había adoctrinado en la cárcel de Turín.

— ¡Hola! ¡Tonio eres tú! le dijo; es necesario reconocer que olvidas cumplir tu palabra y te dedicas á muy repugnante oficio. No creía que fueses capaz de ello. En malas aventuras te has metido.

Había también reconocido el ladrón á su antiguo capellán é, inclinada la cabeza, escuchóle confuso.

— Le aseguro, Padre mío, que no sabía fuese Ud., que de otro modo le habría dejado tranquilo.

— Eso no basta, hijo mío; es necesario mudar de vida. Abusas de la bondad divina, y si no haces pronto penitencia, cuidado con que sea tardío el arrepentimiento á la hora de la muerte.

— Es verdad, Padre mío, yo cambiaré de vida; se lo prometo.

— Has de confesarte.

— Lo haré.

— ¿Cuándo?

— Muy pronto.

— Cuanto antes, es mejor. Ven acá, hijo mío.

Y sentándose Don Bosco en una piedra, indicóle que se arrodillara á sus pies.

Vacila aquél un instante y cae por fin de rodillas.

Don Bosco estrechándole como en otro tiempo en sus brazos, recibe la acusación del penitente; le da en seguida una medalla de María Auxiliadora y las pocas monedas que llevaba y continúa su camino en compañía de esa oveja que ya no volvió á descarriarse.

1852.

SI NO ESTÁS LOCO LO ESTARÁS

Fundada la Congregación Salesiana, uno de sus miembros, excelente sujeto, sintiéndose atormentado con la idea de que Dios le llamaba á una Orden Religiosa más antigua, fué á Don Bosco y le expuso lo que ocurría; mas no de otro modo que el de aquellos que resueltos están á no escuchar consejo.

Bien pronto lo comprendió Don Bosco, y para

abreviar tiempo le dijo: *Vete, puesto que así lo quieres; pero si no estás loco, lo estarás.*

El joven, fijo en su pensamiento, no hizo mayor caso de esta advertencia y fuése á la Orden Religiosa que deseaba.

Doce años contaba de profeso cuando debió salir: *estaba loco.*

Desligado por esto de la Religión y recobrada su libertad, Dios que había dado razón á lo dicho por Don Bosco, dió la salud al imprudente, el cual vive todavía, y se asegura que no se ha aventurado segunda vez á elegir sin consejo su vocación.

1854.

BUEN SUEÑO

Hemos dicho cómo Don Bosco afligía su cuerpo, privándose del sueño necesario. Mas frecuentemente se rebelaba la naturaleza y, sin atender si el momento era bien ó mal escogido, recobraba sus derechos.

En una víspera de gran fiesta bien que era ya cerca de media noche, Don Bosco estaba oyendo confesiones, y muchos niños esperaban todavía su turno. Sucedió entonces que el sueño con autoridad soberana inclinando la cabeza de Don Bosco la obligó á apoyarse dulcemente sobre la del penitente que, según costumbre conservada por los Salesianos, estrechaba sobre el corazón.

El niño sorprendido al principio sintióse luego feliz con sostener sobre su frente la de Don Bosco, y se empeñó en no hacer el menor movimiento; pero prolongada esta inmovilidad, confesor y penitente empezaron á dormir á cual mejor.

Los demás niños, formando un círculo alrededor del confesonario, sin comprender tan largo y extraordinario recogimiento, acabaron á su vez, por dormirse. En una palabra, todos dormían á los pies de Don Bosco.

A eso de las dos de la mañana un movimiento del confesor cambió la escena: despierto el penitente, presencié el despertar de sus camaradas. El buen Padre envióslos á la cama y los citó para la mañana siguiente.

Con la sonrisa en los labios solía el mismo Don Bosco contar este episodio.

1854.

CONDUCTA DE LOS NIÑOS DE DON BOSCO durante una epidemia del cólera.

Grande y profunda consternación prodújose en Turín de 1854 al aparecer el cólera. Como fueran los barrios pobres y en especial el de Valdocco los que más padecieran, el Oratorio estaba rodeado de enfermos y moribundos.

Llenos los hospitales, estableciéronse lazaretos;

la mayor dificultad consistía en encontrar personas que quisieran consagrarse al cuidado de los enfermos. Don Bosco y sus sacerdotes fueron de los primeros en ofrecerse á ello, y luego, en vista de la inmensa difusión del mal, no temieron tampoco los niños del Oratorio prestar su cooperación. Animados con el ejemplo y santa exhortación de su buen padre, catorce escolares apresuráronse á desafiar los peligros de tan terrible plaga; y poco después treinta se unían á los primeros.

Admirable fué el valor y entereza de aquellos jóvenes, sirviendo noche y día de enfermeros bondadosos á gran muchedumbre de coléricos; y como muchos de éstos se hallaban en absoluta indigencia, la madre de Don Bosco vació entonces los pobres armarios de la casa: paños frazadas, camisas, cuanto había todo lo dió. Nadie quiso conservar sino el traje que vestía y el abrigo de la cama, reducido en algunos á lo más indispensable.

Un día un niño busca un lienzo para el servicio de un enfermo; Margarita había escarbado todos los rincones sin encontrar cosa alguna, cuando felizmente halló un mantel que por casualidad se había librado de la distribución general. ¡Toma, niño! le dijo ¡esto es todo lo que queda en la casa! y el muchacho lleno de gozo voló á envolver en la hermosa tela á su pobre protegido.

Ninguno de los niños del Oratorio fué atacado por el cólera, no obstante que no usaron de precauciones más que en sus principios; y si bien es verdad que apenas apareció la epidemia Don Bosco

ofreció su vida por la de sus niños, Dios, sin aceptar la ofrenda del pastor, protegió al querido rebaño.

1854.

DE CÓMO DON BOSCO NO SUPO REZAR el De Profundis.

En año de 1854 Don Bosco presidía en Lanzo un retiro al cual asistían muchos caballeros de Turín. Acompañado de éstos en la iglesia, recitaba una tarde en voz alta las oraciones de la noche, con aquel piadoso acento que no podrá olvidar quien una vez le oyó. Comenzaba el tercer versículo del *De Profundis* cuando de improviso se detiene á la vez que con la vista parece seguir algún objeto hasta el fin de la iglesia. Un instante después da un suspiro, baja los ojos y se empeña en continuar el salmo; pero apenas puede balbucear algunas palabras latinas é italianas y termina por santiguarse.

A la mañana siguiente los jóvenes clérigos se chanceaban con él diciéndole: ¡Ah, Don Bosco, ya no sabe rezar! y luego como uno de ellos, más advertido, le preguntara la causa de sobredicha distracción, Don Bosco respondió: «En el momento que yo decía: *Si iniquitates*, vi salir dos llamas del altar; en una de ellas leí la palabra *Herejía*, en

la otra *Muerte*; y como fueran al fondo de la iglesia las seguí con la vista con viva ansiedad y advertí que se posaban sobre la cabeza de dos personas que perfectamente reconocí. ¡Rogad, hijos míos! bien pronto veréis realizada esta amenaza.»

En efecto, poco después un notable católico y acaudalado comerciante de Turín, con gran escándalo general, pasaba al protestantismo, y en breve ocurrió la muerte de otro de los ejercitantes de Lanzo.

1855.

PASEO DE D. BOSCO CON LOS PRESOS DE TURÍN

El año de 1855 en la *Generala*, cárcel de Turín, más de trescientos presos oían las instrucciones morales de Don Bosco. En cierta ocasión en que, después de siete días de ejercicios espirituales, recibieron con manifiesta piedad los santos sacramentos, Don Bosco concibió la singular idea de darles en recompensa un día de libertad, y se presentó al Alcaide de la penitenciaría á pedirle que se sirviera permitirles hacer un paseo al castillo real de Stupinigi.

Para el prisionero un día de aire libre, lejos de los estrechos muros que le encierran, es el solaz más ambicionado. El Alcaide, oída la propuesta, queda estupefacto; le parece una quimera de Don

Bosco y se excusa, diciéndole que sólo el Ministro del Interior puede autorizar cosa semejante.

Don Bosco sabe que para conseguir grandes intentos no basta un paso; que más meritorio es el bien que mayores obstáculos vence; llega, pues, al ministro Ratazzi, quien con no menos asombro que el Alcaide, al oír la solicitud, exclama: «¡Me pide Ud. un imposible!»—No, Excelentísimo Señor; permítame V. E. insistir; las disposiciones de los encarcelados son excelentes; estoy seguro de su docilidad y de que ninguno burlará mi confianza.

Ratazzi reflexiona breves instantes..... Bien, le dice, accedo á los deseos de Usted, y le proporcionaré cincuenta carabineros, que á la distancia estén atentos á cualquier rebelión que pueda ocurrir.—Nada tema, Excelentísimo Señor, yo soy responsable. La vista de la milicia amargaría el placer de los agraciados.

Ocurrió entonces un fenómeno extraordinario: el ministro Ratazzi, que muy lejos estaba de ser *clerical*, aceptó aquella proposición, si bien generosa hartamente temeraria en apariencia.

Con tal licencia, el día indicado, después de Misa, tuvo lugar el paseo: trescientos cincuenta encarcelados salen á Stupinigi en buen orden, radiantes de contento, guiados tranquila y paternalmente sólo por Don Bosco. Dos leguas y media de ida y otras tantas de vuelta no eran demasiadas para quienes suspiraban por movimiento y expansión. Describir las escenas de placer, las impre-

siones de los presos en aquel día es imposible. Lo cierto es que no ocurrió ni sombra de desorden. La gran preocupación de todos era llenar de tiernas manifestaciones al buen Padre, y como le notasen un tanto fatigado, descargan el animal que conduce las provisiones y montan en él á Don Bosco, sin permitirle siquiera la molestia de tener las riendas. En cuanto á las provisiones, ellos mismos se encargaron de llevarlas á hombros.

En la tarde, de vuelta en la cárcel, al pasar lista el Alcaide, no faltaba ninguno.

1857.

PIEDAD DE LOS NIÑOS DE DON BOSCO

Cuando uno llegaba á Don Bosco á pedirle una gracia, algunas veces respondía: Haré rogar con este fin á mis niños. No era esta una palabra sin importancia, que la oración pública y en común es de eficacia prodigiosa, y la piedad de aquellos acrecía su poder.

De novecientos internos que habrá en el Oratorio de San Francisco de Sales, en Turín, quizá un centenar son verdaderos Luises Gonzagas, y cuatrocientos ó quinientos pueden considerarse como perfectos religiosos. Algunos de ellos, de admira-